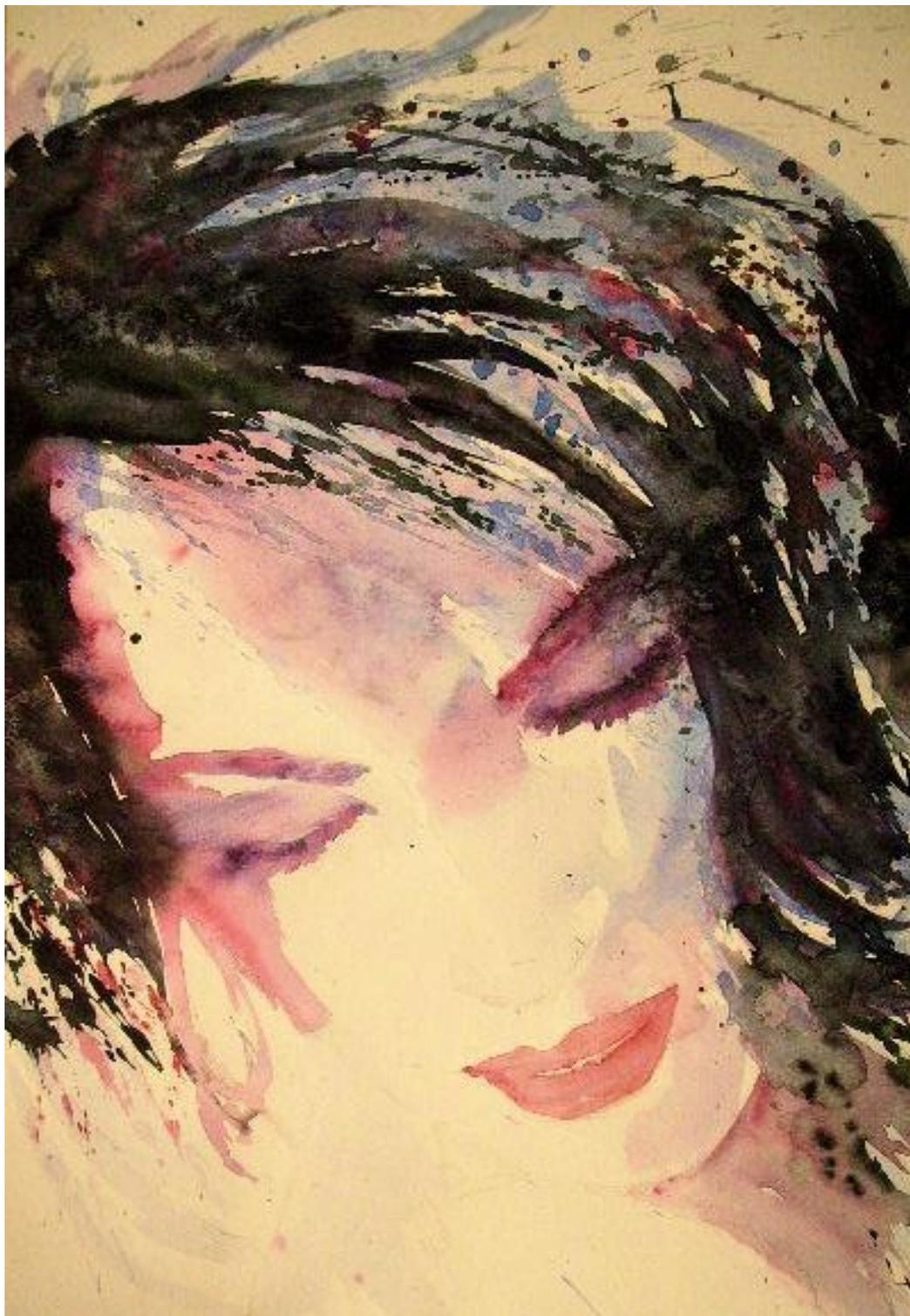


Pasión incontenible

Heidi Vivas



Capítulo 1

Pasión incontenible

Capítulo 1

Se recostó contra la pared para verle avanzar. Era tan linda que el contemplar su andar, le hacía bullir la sangre. Solo se limitaba con mirarle, ella iba con la mirada fija en un punto lejano, impávida, sin mostrar nerviosismo. Ese día estaba más bella que nunca. Llevaba unos pantaloncitos muy cortos que dejaban ver sus magníficas curvas, una blusa cortona de espalda descubierta. Pablo tragó saliva y le siguió con la mirada hasta que entró en el almacén. Encendió un cigarrillo sin dejar de observar el pórtico y al verle salir con las dos bolsas, vislumbró su oportunidad de abordarle. Lanzó el cigarrillo y caminó hacia ella, los nervios le carcomían los intestinos. Con voz muy suave le dijo: _ ¿Permites que te ayude?

Belinda se detuvo y dejó descansar una de ellas, la más pesada y asintió con una amplia sonrisa: _ En verdad te lo agradezco mucho. Hoy mi madre se excedió con el pedido y pesa demasiado.

Él alzó con su fornida mano la carga, que era mínima y caminó junto a la muchacha. Hacían una excelente pareja, ella le llegaba al hombro, era esbelta y no dejaba de sonreír.

_Eres simpática... Atinó a decirle. Lamentaba que ya llegaban a su casa. Eran tan solo dos cuadras de distancia. La brisa marina le golpeaba la hirviente faz, evitando que ella descubriese lo ruborizado que estaba.

Llegaron. Su padre estaba arreglando el auto en el garaje y se asombró al contemplar al muchacho robusto que osaba acompañar a su niña. Detuvo el arreglo y les salió al encuentro. Saludó con un : _ Buenos días, Don Braulio. _

Hola, papaíto. Él me vio cargada y por ello me acompañó. Se disculpó la chica tomando la carga y entrando a la casa casi corriendo.

_ Le agradezco, joven. _ Dijo muy serio, el hombre y retornó a lo suyo.

Inútilmente aguardó su paso durante largos meses. Al parecer no permitían que la hermosa mujer saliese.

Transcurrió el tiempo y al asistir a la fiesta de los marinos le descubrió riendo junto a unas amigas a un costado de la pista de baile.

Él lucía impecables pantalones blancos y una moderna remera, se veía muy atractivo. Ella vestía un corto vestido rosado que le sentaba demasiado bien. Sus rubios cabellos sueltos brillaban y le caían sobre los hombros llegando casi hasta la cintura en la parte de atrás.

Extasiado le observó y rápido se le acercó tomándole de una de sus manos y arrastrándole a la pista. Belinda estaba consternada y se paró en forma violenta. _ No, debes pedir permiso a mis padres, vine con ellos. Sus mejillas sonrojadas denotaban su estado de ánimo. Entonces sin soltar su diestra avanzó entre las parejas y le puso frente a la mesa que ocupaba su familia.

Sin inmutarse el joven habló solicitando permiso para bailar con Belinda.

El elegante padre le miró entre adusto y divertido: _ Vaya joven, ¡qué persistencia! La querida Belinda estuvo castigada hasta la fecha por su osadía de meses atrás. Esto demuestra que desea estar con ella. Bailen. Luego hablaremos de hombre a hombre. _ Le indicó el progenitor en forma amable.

Caminaron hacia la pista y le rodeó la cintura sintiendo que su cuerpo flotaba, bailaron y comprobó que ella estaba tan nerviosa como él.

_ Te extrañé, hermosa. Estoy feliz por volver a verte. _ Le murmuró mirándole a los ojos sin dejar de moverse.

La muchacha le sonrió agradecida y apretó su mano como fusionándose con la de él. Lo propio hizo él sobre la delicada cintura de ella. Sin pronunciar palabra bailaron en forma continua. En un momento los labios de él rozaron la cabeza de ella. Joan quería que la noche fuera interminable. Al regresar a la mesa esta estaba vacía.

_ Mis padres deben estar bailando. Vuelve en un rato. _ Dijo la chica.

_ No te preocupes, aguardo a que regresen. Es necesario que hable con tu padre. ¿Deseas volver a verme? _ Le preguntó expectante.

_ Nada me gustaría más. _ Respondió con dulzura anhelante Belinda.

Esto animó al joven que sintió estallar su corazón de alegría. Alguien le tomó del hombro, era aquel hombre serio, pero simpático que le dijo: _ Siéntate, muchacho. Acompáñanos y espero que me digas cómo te llamas y que intenciones te animan para con mi querida hija.

Larga charla tuvieron. Madre e hija cruzaban miradas mientras los hombres departían. En un momento dado, ambas les dejaron solos yendo

al sanitario.

_Te gusta demasiado ese chico, ¿verdad? _ Le preguntó su mamá.

¡Es tan lindo y dulce! Dijo sonrojándose.

Su madre le abrazó y besó en la frente._ Estás despertando al amor, preciosa. Me alegro, se ve que es una muy buena persona.

Al retornar a la mesa les encontraron bebiendo cerveza. El padre habló:_ Viendo las excelentes intenciones de Joan permitiré que te visite en la casa. ¡Nada de verse a hurtadillas! Ya le indiqué días y horarios.

Ella besó a su padre con alegría y tomó la mano de su amigo llevándolo a bailar. Debían gozar de aquel lento que estaba sonando.

Capítulo 2

Durante un año visitó a Belinda bajo la mirada atenta de sus padres y hermanos, jamás estaban solos. Cada vez que se despedían el padecer de Joan era total. Llegaba a su casa y se refugiaba en su cuarto para desmayar casi mientras se masturbaba, le deseaba tanto, que dolía. Cuando iba a la universidad, estaba en el último año de arquitectura, le comentaba a su íntimo amigo su padecimiento. _No puedo ni estrecharle entre mis brazos, siempre hay ojos atisbando, ¡es demasiado!

Conversa con sus padres, explícale como te sientes. Van a comprender. Creo que debes cambiar de actitud. Le aconsejó aquel buen compañero.

Se animó y expuso a sus futuros suegros su inquietud. El padre le sonrió y le dijo:_ Por Dios Joan, eres lo suficientemente adulto para saber qué es lo correcto.

Desde aquel momento los besos y caricias fueron en aumento. Ambos jóvenes se despedían ardiendo de pasión y deseo.

Por entonces, Belinda trabajaba en una escuela como secretaria y estudiaba diseño de indumentaria. Tenía mucho por hacer en la semana y esperaba ilusionada las visitas de su atractivo novio. Él trabajaba en el estudio de arquitectura de un conocido profesional y estaba siendo muy conocido por su visión de avanzada en la construcción y diseño de obras públicas.

Al siguiente año en una cena familiar Joan sorprendió a todos arrodillándose frente a su novia para pedirle matrimonio. Ella derramando lágrimas le respondió que sí dejando que su prometido deslizase en su dedo anular izquierdo una preciosa sortija con un rubí en forma de corazón. Muy circunspecto miró a sus suegros y les dijo que en tres meses

se casarían. Vivirían en una bella casa frente al mar cuyo diseño mostró a todos frente a la ilusionada mirada de Belinda.

Pero, en ese tiempo no podrás construirla. Le expresó su futuro suegro.

_ Ya la he construido. _ Le dijo con amplia sonrisa de triunfo._ Mañana les invito a verla. Quiero que Belinda la decore y amueble a su entero gusto. Además quiero concluir con el jardín y parque que he empezado a armar.

La joven saltó a los brazos de su amado y le cubrió el rostro de besos. Los sorprendidos suegros abrieron una sidra y brindaron por la dicha de la pareja.

Al despedir a su amado Joan, ella le susurró al oído: _Sabré compensar todo lo que haces por mí.

Conmovido le dio un fuerte abrazo coronando sus labios con un apasionado beso. Sentía que su corazón explotaba de amor. ¡Tanto amaba a Belinda!

Capítulo 3

Temblando de emoción Belinda caminaba del brazo de su orgulloso padre. A unos cuantos pasos le aguardaba aquel joven que se quedó prendado de ella una mañana de enero. Al llegar al altar contempló a su apuesto prometido, sus miradas naufragaron una en los ojos del otro y sin mediar palabra supieron que ya estaba todo conjugado.

La celebración fue íntima, pero muy hermosa. Cien personas amadas por ambos se reunieron para festejar aquella unión. El ramo voló a las manos de una de las jóvenes hermanas del novio. La pareja partió en el brillante auto de Joan. Él mismo lo había lustrado aquella mañana. Enfiló hacia la playa y aparcó frente a la que sería su nido de amor.

Al trasponer la puerta en los brazos de su querido galán los pétalos de rosas dispersos por el piso se arremolinaron, uno a uno subió los alfombrados escalones y siguió el sendero marcado por aquel natural adorno hasta entrar en el hermoso dormitorio. Depositó su preciosa carga sobre el corazón que cubría gran parte de la cama y besó aquellos labios tan ansiados en un interminable e incesante vínculo, mientras sentía que sus corazones palpitaban agitados. Ella de espaldas sobre el lecho observó como él descorchaba el champán y servía las copas. Se irguió sollozando y tomó la que le ofrecía su marido. Él se sentó y brindó sonriente, pleno de éxtasis._ Te amo, dulce Belinda. Quiero que tú me guíes para recorrer un maravilloso camino juntos._

La muchacha se levantó de un salto. Se deshizo del vestido, las enaguas y toda su ropa dejando sin palabras al asombrado esposo.

_ ¡Eres bellísima!_ Dijo él mientras le cubría de besos._ Luego abrió la cama y los pétalos volaron por todo el ambiente mientras se deshacía de su vestimenta. Siempre recordaría aquella imagen Belinda.

_ Entre una lluvia de pétalos se abrió paso hacia a mi majestuoso, altivo y itan hermoso!

Me poseyó con tanta dulzura que jamás experimenté dolor alguno. Él al ver las sábanas ensangrentadas lloró y yo le consolé. Bebí sus lágrimas una a una y nos seguimos amando hasta quedarnos dormidos. ¡Fue tan especial!_ Relató a su madre al concluir la luna de miel.

Cuando despertó oyó voces y rápido se puso un precioso camisón lila y sobre él una bata que lo complementaba. Cepilló sus largos cabellos y después se higienizó su boca.

Despacio se asomó a la cocina y se maravilló cuando descubrió que Joan estaba preparando un succulento desayuno. Él abandonó los preparativos y le abrazó con regocijo. Besó sus labios en un acaramelado mimo de caricias y dulce decir.

_ ¡Luces bellísima, amor mío!_ Le miraba extasiado y con mucha ternura.

_ Ven, vamos a desayunar en el jardín._ La condujo tomándole por la cintura y abrió el pórtico: _ Siéntate, ya regreso.

Ella estaba más que asombrada por lo hermoso que era ese espacio. Corrió a hamacarse bajo la pérgola, coronada por una majestuosa Santa Rita fucsia. Sacudía las piernas mientras se balanceaba en el columpio. Tras depositar la bien provista bandeja sobre la coqueta mesa de jardín, su marido fue a empujarle muy feliz al contemplar la dicha que invadía a su flamante esposa. Luego le alzó y llevó al sillón que compartieron mientras se besaban sin cesar.

_ ¡Qué feliz soy, cariño mío!_ Le dijo mientras saboreaba un trozo de torta.

_ Recién estuvo mi madre, ella me alcanzó todo esto junto con tu cuñada más pequeña. Queríamos sorprenderte en la alcoba, pero me ganaste levantándote, mi curiosa dama._ Le dijo él acariciándole las mejillas con ambas manos.

Ambos se arrumacaban sin remilgo alguno, habían sido tantos días de anhelar sentir la piel del otro, que no cejaban en acariciarse sensualmente

por donde cayeran las manos.

Rápido levantaron todo y se recluyeron ansiosos en la alcoba. Esta vez las diestras manos del marido le despojaron de sus ropas. Él sumergió su cabeza en su monte de Venus y le hizo gritar de goce. Después la tomó dulcemente y ambos alcanzaron el clímax al unísono.

Horas estuvieron en los deliciosos juegos amorosos. Se contemplaban en su desnudez con asombro, descubriéndose el uno al otro. Reían a carcajadas por estar tan libres y pertenecerse sin remilgo alguno. Tanto tiempo de caricias prohibidas lo canalizaban ahora entregándose el uno al otro.

_Espero que los críos vengan después de un tiempo, así disfrutamos de esta maravillosa intimidad por un tiempo. _ Le expresó él mientras estaba recostado mirando sus bellos senos, acariciándoselos y cubriéndole de besos.

_ Te cuento que mi madre me hizo colocar la inyección anticonceptiva. Perdón por no confesártelo antes. Ella pensó que querríamos gozar como pareja antes de que llegue el primer niño._ Le explicó ella con timidez.

¡Qué sabia es tu madre! ¡Bien por ella! Le abrazó y volvieron a hacer el amor. Extenuados se adormecieron uno encima del otro. Habían decidido pasar unas semanas en la casa como luna de miel. El mar en su constante vaivén los arrullaba.

Capítulo 4

Mientras ella dejaba que el sol tostara su bien lubricada piel, él braceaba dichoso por el mar. Belinda se alzó en toda su esbeltez y se unió a su marido. Ambos se entrelazaron en las tibias aguas y dejaron fluir el amor. Estaban solos en esa inmensidad marina y gozaron sin límite alguno. Al salir del agua se estrecharon en un apasionado abrazo y ella casi desmayó en aquella ocasión, estaba más que subyugada por lo vivido. Caminaron hacia las reposeras y se estiraron largo a largo.

Joan le observaba lleno de amor y le murmuró: _ Eres todo para mí, te adoro.

_ ¡Te amo con todo mi ser! _Le respondió ella acariciándole el rostro.

La respuesta no se hizo esperar, le alzó llevándole corriendo a la casa. Al cerrar la puerta contra ella le bajó su malla y le penetró sediento de sexo. Se dejaron llevar por la pasión uniéndose mientras Belinda enredaba sus largas piernas en él. Así entraron en la alcoba y prolongaron el acto lo más que pudieron. Eran dos seres deseosos de amarse donde sea y como

fuere. Nadie ni nada se los impedía.

Esa noche cenaron en un restaurante cercano. Fueron en auto y de regreso no alcanzaron a llegar al hogar, sucumbieron al sexo en los acantilados. Riendo entraron a la casa cubiertos de arena, pero más que felices.

Ya en la alcoba volvieron a estrecharse en un intenso abrazo y se unieron tras disfrutar ambos del placer de verse desnudos. Se contemplaban muchas veces con un delirio especial, buscándose con la mirada en el otro para comprobar su reacción a cada segundo. Se habían deseado tanto que gozaban de aquellos momentos íntimos y tan placenteros.

Tras beber con avidez una fría copa de delicioso jugo de naranja que su esposo le había servido le miró de soslayo y descubrió aquella hermosa y deseada virilidad erecta en todo su esplendor. Como una gata se deslizó, golosa en pos del trofeo deslizó su lengua por aquel miembro tan querido tomándole por sorpresa. Él anhelante se recostó y acomodó las almohadas bajo su cabeza para contemplar mejor a su mujer que comenzaba a succionar con suavidad llevándole al mejor de los mundos. Le acarició con delicadeza los muslos para apretarlos de repente en un estertor de goce extremo. Belinda le observaba saboreando el semen que descansaba en la comisura de su rosada boca.

¡Dios, mujer vas a terminar conmigo! ¡Eres increíble! Dijo exhalando un profundo suspiro.

Ella bailaba contenta parada junto a la cama. _¿Lo hice bien?_ Le susurró al oído.

_Como toda una experta, tienes un don para dejarme al borde de la locura. _ Le dijo levantándose y atrapéndole con real devoción.

Volvieron a acomodarse en la inmensa cama y tras arrullarse uno al otro durmieron hasta casi las diez de la mañana. Al abrir los ojos y contemplarle abrazada a él le besó en los labios obteniendo como respuesta una sonrisa de la adormecida muchacha. Lentamente le abandonó. Necesitaba ir al baño, luego haría el desayuno.

Contempló desde el amplio ventanal aquel día tan diáfano y cayó.

Belinda al ver que su esposo ya se había levantado, sin cubrir su desnudez avanzó hacia la cocina y se quedó expectante en medio de esta imaginando que él surgiría y se volvería loco al verla allí, así... Los minutos pasaron y el silencio era total, solo el ir y venir de las olas se dejaba oír. Caminó hacia el living y le vio. Corrió hacia aquel adorado hombre que inerte yacía sobre la alfombra. Gritó y lloró junto a él pero no hubo respuesta. Llamó a urgencias y en minutos escasos apareció la

ambulancia. Su marido no volvía en sí. Su respiración era tenue. Lo subieron al vehículo y ella marchó con ellos.

Respondió a todas las preguntas del médico mientras lo trataban de reanimar sin ninguna consecuencia fortuita. _Le haremos una tomografía para saber que respuestas tenemos. Respira normal pero está sumido en la inconsciencia. ¿Ud. le halló así?

Sí, parecía estar durmiendo sobre el piso. Noté que respiraba, pero me alarmé al ver que no despertaba. ¡Por favor, doctor saque de ese estado a Joan! Dijo muy desesperada la mujer.

_Su corazón está normal, como también su actividad cerebral. No descubro en forma evidente anomalía alguna. Veremos que nos revelan los estudios que ahora le están haciendo. A Ud. le daré un calmante, no quiero que colapse, sé que es una situación anormal pero debe mantener la calma hasta comprobar a qué se debe esto. ¿Quiere llamar a la familia? _ Ofreció el buen facultativo al ver a la muchacha tan angustiada.

Estamos en nuestra Luna de Miel, hace una semana que nos casamos. No deseo intranquilizar a nadie más. Aguardo qué resulta de todo esto. Tengo fe en que volverá a mí. No puede dejarme así, inos amamos tanto! Dijo en un sollozo que estrujó el corazón del médico.

Con enorme satisfacción el doctor Warren comprobó que todo marchaba bien en el organismo de Joan. Le hizo trasladar a cuidados intensivos y dejó que Belinda le acompañara.

Desde muy lejos le llegaba la voz de su esposa, no lograba verle pero sí le escuchaba. Abrió los ojos y comprobó que ella estaba a su lado. ¿Qué había ocurrido? ¿Estaba en un hospital?_ Oh, querido, amor mío volviste a mí. Voy a llamar al médico que te atiende._ Dijo ella llorando y salió corriendo de la blanca habitación.

Regresó con aquel hombre canoso de mirada noble._ Hombre, ¡buen susto le has dado a tu esposa! Quédate tranquilo, no tienes nada, solo demasiado amor en tu corazón. Hoy en la tarde te dejaré ir si prometes no extasiarte tanto con tu actual estado. Te excediste en tu sentir al punto de sucumbir a tanta pasión. Mesura, ¿sabes? Por amor se pierde la razón y también se muere...

¿Qué pasó? Yo iba a preparar el desayuno y mientras contemplaba ese día tan... No supe más nada. Solo quise volver por tu amor, preciosa. La paz que me envolvió fue armonía total con todos los sentidos. Tomó la mano de su mujer y se la apoyó sobre su pecho.

_Suerte que tu corazón es joven y fuerte. Te relajaste tras tanto éxtasis y colapsaste. Tranquilo joven, les espera una muy buena vida. Ya pueden

marcharse, vivan su historia de amor en forma más pausada. Esto va para ti también, jovencita. Gocen de la vida, pero con más mesura. ¿De acuerdo?

Ella le ayudó a vestirse a su marido y tomados de la mano tras firmar algunos papeles en admisión volvieron en taxi a su hogar.

Conversaron mucho sobre lo ocurrido y se prometieron ir más despacio por los senderos del amor. Joan casi muere por estar tan feliz, algo notable.

Capítulo 5

Tras lo sucedido la bella pareja siguió enfrascada en su Luna de Miel y se dedicaron a dejar todo muy ordenado para cuando volvieran a su rutina laboral. Igual prosiguieron los apasionados encuentros, bien provistos de caricias y múltiples besos.

Escuchaban música descansando en la terraza cuando el insistente sonido de la bocina de un auto hizo que Joan se asomara. Eran sus suegros. Sorprendido descendió a saltos por la escalera y les saludó con cariño. Todos subieron, la madre se abrazó con su radiante hija y le ponderó su magnífico bronceado. _ ¡Estás bellísima, mi dulce!

El padre la admiraba desde lejos y ella le brindó toda su atención preparando unos platos salados que acompañó por refrescos. Se sentó en el apoya brazos de su cómodo sillón y le rodeó con sus brazos su cuello, besándole con ternura._ Siempre estaré para ti._ Le murmuró al oído con voz tierna.

El hombre sonrió y respondió al gesto besándole en la frente con gran cariño. Joan estaba feliz por aquella improvisada reunión. Le contaron a todos sobre su episodio y aquel duro hombre que era su suegro se emocionó hasta las lágrimas.

Antes de marcharse le llevó a su yerno aparte y conversaron largamente. Al final se estrecharon en un fuerte abrazo.

La pareja mientras levantaba todos los utensilios y vajilla estuvieron en silencio. Mientras él lavaba todo ella le rodeó la cintura desde atrás y le llenó de besos su fornida espalda. Él se volvió haciendo que ella se trepe a su viril cuerpo, allí concluyó todo. La explosión de amor fue intensa y muy apasionada.

Ya relajados en su alcoba ella le dijo que su madre estaba dichosa por verles tan unidos y destilando amor. Él le contó que su suegro le había dicho entre otras cosas:_ Ya eres mi hijo, como tal te quiero y aprecio lo mucho que quieres a mi hermosa hija, ella es mi bien máspreciado y

estoy contento de habértela entregado.

Ambos se confundieron uniendo sus cuerpos, así se entregaron al sueño.

Al despertar se miraron y volvieron a acurrucarse para hacer modorra al unísono, sonriendo complacidos por estar tan él uno en el otro, al punto que sus propias familias lo notaran y disfrutaran de su dicha.

Salieron a caminar ligeros de ropa y desayunaron en un parador bastante concurrido. El mar lucía sereno y lo miraron complacidos de tenerlo por vecino. Ambos siempre habían soñado con ese destino, ojalá él fuera testigo de muchas cosas buenas por venir.

Ese día disfrutaron de una larga caminata por la playa. Después tornaron a aquel apacible lugar y disfrutaron de una opípara fuente de frutos de mar con vino blanco. Todo estaba riquísimo. Vieiras, rabas y langostinos eran los reyes del plato. Conversaron mucho, como siempre lo hacían. Bebieron en abundancia y abrazados caminaron hacia su hogar. Al llegar él le alzó y subió rápido los escalones hacia la alcoba. Allí le desnudó y besó cada parte de aquel cuerpo que tanto quería. Ella moría de deseo y lo atrajo con leal devoción besándole apasionadamente. Fue una interesante siesta. Ya oscurecía cuando él de un salto se levantó. Descendió a la amplia sala y se quedó mirando aquella inmensidad celeste, disfrutando de la puesta del sol. Una tibia mano en uno de sus muslos desnudos le volvió a la realidad.

Capítulo 6

El primer año de casados fue una delicia, cada paso que daban era medido y pleno de pensamientos a futuro. Él logró terminar un interesante proyecto logrando afianzarse en la firma. Ella trabajaba mucho y cumplía muy bien sus funciones, además guiada por su madre resultó una excelente cocinera. Le preparaba ricos platos que le invitaban a volver a la casa ansioso y a sabiendas de que saborearía un exquisito manjar. Luego se seducían uno al otro coronando cada velada con momentos de sexo muy extensos e intensos. En ocasiones se reunían con parejas amigas, salían a bailar y divertirse. Los domingos solían hacer barbacoas en su hogar para agasajar a sus respectivas familias. Estaban más que dichosos en todos los aspectos.

Una mañana ella despertó algo más temprano, descubrió que él no estaba y se asomó a la cocina, allí estaba haciendo panqueques. Asombrada corrió a ayudarlo y se vio alejada de tal menester por el habilidoso cocinero. _ Ve a hacer lo que necesites, para luego gozar conmigo de esto que con tanto esmero y amor estoy elaborando.

Con mucha ternura le besó en sus labios retirándose a hacer su higiene mañanera. Ese día entraba al instituto más tarde y se podría demorar

compartiendo un grato desayuno con su esposo. Se sonrió mientras se peinaba aquella sedosa cabellera ondulada. Luego se puso un mono estrecho que dejaba ver sus muslos bronceados y firmes.

Cuando se acercó a la mesa servida en el jardín trasero aplaudió dando saltitos de regocijo. Su marido le atrapó por su cintura y le comió sus labios con un impactante beso. _ En un día como el de hoy, señora mía le vi por vez primera hace cinco años y aún siento ese dolor en el pecho que me indicó que eras mi futura mujer. _ Le sirvió su chocolate caliente y junto al pocillo dejó un estuche rojo.

Con mucho cariño su esposa le besó plena de emoción y se quedó extasiada con aquel regalo. Era un corazón de rubíes preso en una cadena de plata.

_ ¡Es precioso! Gracias cariño mío. Te debo tu regalo, colócame esta maravilla, te lo imploro. Se acercó de espaldas a él recogiendo su cabellera con su mano izquierda.

Una vez colocado el obsequio aquel hombre se transformó en el mejor de los amantes dejándole extenuada por cómo le poseyó. _ Te quiero tal como eres. Cuando dije mi primer te amo fue para siempre. _ Le susurró a su adormilada y más que complacida mujer.

Estaban abrazados en su lecho cuando oyeron la bocina del auto de los padres de Belinda. Ambos saltaron de la cama al unísono, desnudos, muertos de risa cogieron prendas sport livianas y descalzos, algo despeinados salieron a recibir a los recién llegados.

_ Ni digan en qué estaban, su apariencia nos la demuestra. Peinen sus melenas y vengan a almorzar con nosotros, lleven sus bañadores, así bajamos a la playa. _ Les dijo con voz burlona el gentil padre de la muchacha, quien azorada corrió a alinearse.

La madre bajó una cesta llena de frutas y legumbres frescas. La llevó a la mesada de la cocina y comenzó a lavarlas bajo el grifo y luego las ubicó en el escurridor. Su hija le abrazó desde atrás. _ ¡Gracias, mamita linda! Siempre me mimas.

Acomodó todo en la heladera y juntas salieron abrazadas, conversando muy interesadas. Ambos hombres estaban sentados bebiendo unos refrescos y se voltearon sonrientes al verles tan frescas, radiantes y genuinas.

Subieron al auto y se marcharon. Todos estaban felices por compartir aquel momento. No sucedían tan a menudo aquellos encuentros, pero

cuando ocurrían había muchas risas, charlas y playa.

Más tarde mientras los hombres jugaban a las cartas volcados sobre una lona, ya ambos en traje de baño. Las mujeres conversaban animadamente.

Luego fueron a nadar todos juntos y con asombro él pudo observar lo espigada y atractiva que aún era su joven suegra. Además su esposo le mimaba y atendía en consecuencia, era galante, gentil y muy sensual en sus caricias. Eso le agradó y observó con cierto orgullo a esas personas que le habían entregado a su hija luego de tanto seguimiento que él bien agradecía. A todo se llega cuando hay verdadero amor, no hay que desesperar por hacer las cosas precipitadamente. Belinda y él eran clara muestra de ello.

Aquel hombre maduro y muy atractivo, por cierto, llevaba muy bien adelante su hogar. Ya el año próximo su hijo iría a la universidad a estudiar arquitectura. Ya le ayudaba en algunas diligencias en el estudio. En cuanto a la menor aún debía terminar su primaria. Ese día estaba con sus abuelos paseando por la ciudad. Era su consentida y hacían bien, la niña era muy buena y cariñosa. Además respondía bien en los estudios.

Gozaron todos de las aguas tibias del Pacífico y finalmente decidieron saborear una picada de mariscos en uno de los paradores frente a la playa. Estaban charlando animadamente cuando una chiquilla prorrumpió a llorar en forma estridente. Pablo corrió hasta la pequeña y le alzó sobre sus hombros con rapidez. Toda la gente batió palmas y una mujer entró corriendo con el rostro transfigurado. _ ¡Mi chiquita hermosa! Acá estamos._ Era su madre y un alto muchacho le extendió los brazos y la pequeña cesó de llorar en cuanto le vio.

_ ¡Papito mío! _ Le rodeó con sus bracitos deslizándose de quien le conducía. La pareja agradeció a todos por haber consolado a la extraviada chiquilla y todo volvió a su cauce.

_ Ya estás listo para ser padre. _ Le dijo Don Edu.

Él se sonrió y miró a su esposa, luego se entrelazaron con gran amor. Fue como un gesto de aprobación para con lo dicho el suegro.

Capítulo 7

Estaba entusiasmado supervisando unos planos cuando entró corriendo su secretaria. _ Llamaron del colegio donde trabaja tu señora, apúrate es muy importante.

Casi sin aliento descendió del auto justo cuando llegaba una ambulancia. _

¿Qué ha sucedido?_ Preguntó en mesa de entrada.

Una empleada se ha descompuesto. ¿A quién busca? Haciendo caso omiso de la recepcionista corrió hacia el lugar donde vio iban los enfermeros con una camilla y alcanzó a ver a Belinda en un sillón.

Se arrojó a sus pies para tomar sus manos y hablarle. Su palidez le conmovió. Sus manos estaban heladas.

Permiso señor. Le dijo un hombre alto de guardapolvo. Vio cómo trataba de reanimarle y acto seguido le miró a él. _ ¿Ud. le conoce?

_ Soy su esposo. _ Dijo consternado y entrando en pánico al comprobar que ella no reaccionaba.

Está desvanecida. ¿Padece alguna enfermedad crónica? Le interpelló mientras le seguía observando y ordenaba a sus ayudantes que acercasen la camilla donde con cuidado la depositaron.

No, es muy sana. Jamás se ha desmayado así. Esta mañana desayunamos juntos. Balbuceó muy asustado.

Parece que está presentando una baja de presión. Por las dudas la llevo a internar. Sígame con su auto. Su signos vitales son buenos. Quédese tranquilo. Como un sonámbulo se desplazó detrás de la camilla. Al ver que subían la camilla a la ambulancia casi él desfalleció. Se llevaban una parte de su existencia, era algo terrible lo que estaba ocurriendo.

Manejó pegado al vehículo en el cual viajaba su razón de ser. Al llegar al sanatorio bajó del auto sin cerrarlo. Solo quería estar junto a su amor.

Corrió junto a la camilla y le gritó:_ ¡Belinda, amor mío!

Una enfermera le observó y acudió en su ayuda:_ Le llevan para observarle, ¿es tu esposa? ¿Ha sufrido un accidente? _ Como él solo caminaba sin responder le tomó del brazo.

¡Explícame! Ahí Pablo reaccionó, y sin dejar de mirar por donde había desaparecido el médico junto a la comitiva, respondió a cuanto la mujer le preguntaba.

Bien, ahora está en las mejores manos. El doctor Levinstong es uno de los mejores. Espera aquí te alcanzo un vaso de agua. La muchacha le dio a beber, luego de acudir al dispenser.

Tras aventar un buen sorbo, el desesperado hombre miró hacia la habitación donde descansaba su gran tesoro, la única señora de sus desvelos, la dueña de su corazón. Al abrirse la puerta corrió para saber

que ocurría.

Tranquilo, joven. Ha despertado. Se nota muy débil, en un momento tendré los resultados de sus análisis. Puede pasar. Le dijo con voz calma el profesional.

Entró y se arrodilló junto a la cama donde yacía Belinda._ Amor, ¡qué sientes! Estoy muy preocupado...

Ella le acarició el rostro con suavidad. _ No sé qué me sucedió. ¿Cómo llegué aquí?

Me avisaron de qué te habías descompuesto y enseguida acudí a la escuela. Ya habían avisado a servicios y te estaban trasladando. Te desvaneciste. El doctor me pidió prudencia, que no hables mucho. Te han extraído sangre. Los análisis revelarán qué te ha pasado. ¿Cómo te sientes? Le dijo mientras le observaba ansioso. No dejaba de acariciarle y sus ojos pugnaban por contener las lágrimas que se precipitaban muy a pesar suyo. No quería alarmarle, por el contrario, deseaba darle calma. Pero estaba tan alarmado y desquiciado que estaba muy lejos de poder lograr su cometido.

Mi querida mariposa, lamento no poder aclarar esto. Mi juicio está alterado por verte aquí. Ahora el médico nos dirá qué te ha ocurrido. Es importante que estés tranquila. Aquí me tienes para lo que precises. Le tomó su mano derecha mirándole con mucha ternura.

Al entrar el doctor se alzó en forma súbita y escudriñó el rostro del facultativo en pos de de una señal fortuita. Este sonreía y algo le tranquilizó.

Bueno chicos, ha llegado uno de los momentos más bello de sus vidas, ¡van a ser padres! Les dijo sonriendo mucho más._ Ahora vendrá la enfermera y haremos el primer ultrasonido.

Joan abrazó a su hermosa esposa con sus ojos lacrimosos. _ ¿Estás contenta, amor?

Ella reía más que dichosa. _ ¡Si pudiese bailar!

En ese momento entró una enfermera haciendo rodar hasta la cama el aparato de ultrasonido. Enseguida conectó todo y le descubrió la parte superior a Belinda subiendo su camisolín. Con ansiedad Joan observó todo parado a la derecha del lecho sin dejar de sostener la mano de su mujer._ En la pantalla verán por vez primera a su hij..., jaja, a sus hijos, son dos. No te desmayes muchacho. Oigan sus corazoncitos.

Los fuertes latidos invadieron el silencioso espacio mientras Belinda y Joan se besaban más que dichosos.

Mientras la auxiliar acomodaba a la joven en su cama, el médico le indicó a Joan: _ Está anémica, quiero que tome las vitaminas que le he recetado y se alimente convenientemente. Deberá hacer reposo por un mes para evitar cualquier accidente. Mañana he de darle el alta. Nada de esfuerzo. Cuídala mucho.

Muy serio y afable se mostró el conmovido esposo y se volvió a sentar junto a la agitada mujer. _ Estoy tan dichosa que no quepo dentro de mí._ Le dijo con mucha emoción apretándole las manos entre las suyas.

En la tarde fue el desfile familiar. Los abuelos estaban más que emocionados y los futuros tíos hicieron bastante bullicio.

En la noche Joan se recostó en un sofá que le acomodaron junto a la cama de su amada. El pobre hombre estaba más que exhausto. Ella lo contemplaba con amor, así se adormeció.

Capítulo 8

Cuando entró a su casa sintió un gran alivio. Era un bálsamo retornar al hogar. Los fuertes brazos de Joan le rodearon y se dejó mimar al gusto de él en todo el día. Cada paso que daba fuera del lecho era controlado por este. Después planificaron juntos como sería su reposo. Algunos días vendría alguien de la familia, pero nunca debía quedar sola por cualquier eventualidad.

Así transcurrió el primer mes de embarazo. Estaba algo demacrada, pues no retenía casi nada de lo que ingería. Cuando el obstetra le vio le recomendó un complejo vitamínico. Los bebés crecían normalmente. Ya llevaban dos meses de gestación. Debía continuar guardando cama.

En las mañanas él le acompañaba hasta la playa, allí le dejaba en compañía de una enfermera. Luego partía rumbo a sus labores. Se sentía muy intranquilo al dejarle en otras manos, pero sus obligaciones para con la sociedad eran ineludibles. Al segundo de separarse de ella se sentía sol, desventurado y preso de incertidumbre cruel e irrefrenable, ile amaba tanto!

Al concluir la jornada se montó en su auto y con ansiedad manejó hasta su hogar. Descendió con desesperación por verle y abrazarle, pero... La habitación vacía le recibió. Un mensaje sobre la cama le volvió a la realidad: _ Estoy en el jardín, amor mío._ Giró y descendió hambriento de ella.

Al verle se arrojó a sus pies y le llenó de cariñosos besos. _ Amorcito, ¿cómo te sientes? Veo buen color en tus mejillas. ¿Me extrañaste?

La mirada dulce de ella le abarcó y sonriéndole le respondió: _ Sujeta esa ansiedad que te devora. Estuve genial y descansé todo el día. Lista para recibir todos tus mimos por los cuales deliro.

El abrazo tierno de su marido no se hizo esperar. _ Eres todo lo que poseo junto a estos indiecitos que transportas con tanto ahínco. No quiero que nada les suceda. Me moriría junto a ustedes si algo les pasara.

Palpando su angustia le acarició su querido rostro. _ No sufras indebidamente, todo está bajo buen control. Debes tranquilizarte.

Esa noche cenaron muy acaramelados y luego él le trasladó en sus brazos hasta el dormitorio, donde le prodigó melosas caricias hasta que ella concilió el sueño. Al verle dormir lágrimas resbalaron por su rostro. Le amaba tanto que dolía.

Lo frágil del cuerpo de su adorada mujer le perturbaba y aterraba. Sí deseaba a esos hijos, pero jamás a costa de perderle a ella. _ Te quiero tal como eres. _ Murmuró mientras depositaba un tenue beso en sus labios. Luego se acomodó junto a ella y no dejó de mirarle hasta que el sueño le acogió.

Capítulo 8

Los días transcurrieron y ella desmejoraba. Cada día se observaba más demacrada y débil. Entonces su médico le trasladó de urgencia en una ambulancia. Joan sintió una tremenda impotencia e increpó al facultativo duramente, le amenazó indicándole que si algo le pasaba a su mujer él tomaría la justicia en sus manos. Su suegro le contuvo y le señaló que debía cuidar sus palabras. La agonía que sufría su perturbado yerno era superior a cuanto le indicaban las conclusiones médicas. Así estuvo deambulando por los pasillos de la clínica hasta que una noche comprobó cómo le llevaban a cirugía a su más preciado tesoro. _ ¡Debemos interrumpir el embarazo en forma urgente! _ Le explicó con voz ahogada por la desesperación aquel doctor. Le extendió unos papeles y él los leyó muy desquiciado muy azorado por aquella novedad tan cruel. Pensó: _ Belinda se me muere si pierde a sus niños, esto no puede pasar. Miró con gesto furibundo y ojos llenos de furia al médico y le dijo: ¿Cree que es lo correcto? _ Luego le atrapó por la solapa de su guardapolvo y se lo gritó: _ ¿Está haciendo su trabajo bien? ¿Qué me responde? _ Sus ojos llenos de lágrimas de impotencia y dolor, estaban clavados en el rostro del especialista.

El doctor se soltó de las manos de Joan y llamó a una de las enfermeras y le habló en privado. Luego se volvió a él y le dijo: _ Le haré una

transfusión de sangre. Además llamé a consulta médica. Temo que los bebés mueran por la debilidad de su madre. El problema radica en su sangre. Demasiados glóbulos blancos. La vida de ella pende de un hilo. Le ruego tenga calma, estamos en una situación de riesgo.

Desanimado y exhausto, el pobre muchacho se dejó caer en una silla del vestíbulo. Eduardo, su suegro corrió hacia él, recién entraba. _ ¿Qué ha ocurrido? _ Miraba a su yerno tan abatido y se acercó al facultativo. Quien con mucha paciencia le tranquilizó explicándole lo que iba a hacer para mejorar la salud de Belinda. El hombre fue a sentarse junto al desesperado joven, tan angustiado y al borde de zozobrar como él.

_ Ven, acompáñame a la cafetería. Aquí nada podemos hacer y debemos estar preparados para soportar cuanto ocurra._ Le tomó de un brazo y lo arrastró al ascensor, tratando de mostrar fuerza de espíritu, cuando estaba lejos de poseerla. Su niña adorada estaba debatiéndose entre la vida y la muerte. Rogaba que su mujer no le llamase, se había quedado acompañando a sus hijos menores. Nunca imaginó encontrarse con semejante situación.

Los dos hombres se sentaron algo momificados mientras aguardaban les sirviesen sus respectivos cafés. _ ¿Ella se descompuso?_ Se atrevió a interpelar al desconsolado yerno.

Está muy debilitada. Querían que yo firmase para suspender su embarazo. ¡Imposible! Belinda se muere si yo decido autorizar semejante cosa, pero antes me mata a mí. Es una decisión que puede concluir con nuestro matrimonio. Respondió lleno de rabia Joan. Luego golpeando la mesa agregó:_ Casi zurro al médico, me sacó de mis casillas.

Una enfermera se aproximó a ellos y les rogó bajasen a Unidad coronaria. Presurosos, le acompañaron llenándole de preguntas. La mujer no respondió a ninguna. Solo les indicó que estaban reunidos los mejores médicos de la clínica. Al llegar solo vio al doctor Eloy, quien abrió una puerta, invitándoles a pasar. Así lo hicieron. Era una especie de sala de conferencias. Seis hombres de guardapolvo y una sonriente mujer les aguardaban. Ella fue quien se les acercó con mucha dulzura. _ Mi nombre es Linda Warren, soy la jefa médica, mi especialidad es la ginecología y les quiero explicar que hemos acordado con mi colega, a quien ustedes ya conocen y las otras personas que me acompañan son quienes a partir de hoy asistirán, si Joan nos permite, a Belinda. Ella tiene una infección sanguínea. Es un virus pernicioso que está nadando por su torrente sanguíneo buscando alojarse en algún órgano. Eso queremos evitar. Para ello deberemos intubarla o sea le induciremos un coma para que su cuerpo no se resienta, ni tampoco sus bebés. Recién acabo de hacer un ultrasonido y comprobamos que ellos están sanos y lejos de esta infección

que puede terminar con la vida de su esposa. ¿Qué opina?

Las lágrimas surcaban las mejillas de aquel hombre que adoraba tanto a esa hermosa joven que yacía a pocos pasos de él. _ ¿Cuánto tiempo permanecerá lejos de la conciencia?_ Pudo balbucear.

_Quizás unos días o todo lo que dure el embarazo. Pero podrán verla, hablarle, hasta hacerle escuchar música en los horarios que se les posibilite visitarle. Ella estará dormida, pero oírás cuanto sucede en su derredor. Todo lo que le he explicado a ambos se lo he dicho a Belinda. Es un ser muy valiente y quiere hacer todo lo posible para poder ver nacer a sus mellizos. Ahora, es usted, Joan quien debe firmar para que procedamos.

Le acercó un carpeta y le invitó a leer todo con mucho detenimiento. Todos los doctores se retiraron saludando al azorado muchacho y a su suegro, quién muy pálido estaba junto a él.

Les haré traer café y jugo de naranja. Cuando estén al corriente de todo, se acercan a mi asistente, quien les estará aguardando en recepción. Se retiró con la misma sonrisa que les había recibido. Despertaba confianza.

Antes de comenzar a leer, Joan se fue a lavar la cara a un sanitario privado que estaba en la misma sala. Su suegro hizo otro tanto. Se miraron al salir y se dieron un estrecho abrazo. No hacía falta decir palabra, el brillo de sus ojos lo manifestaba todo.

Una y otra vez leyó todo aquel protocolo y se lo pasó a Eduardo. Caminó algo mareado por el lugar y se acercó a una ventana para aspirar algo de aire. La entreabrió y una suave brisa le acarició el rostro. Se volvió y observó a aquel, aún joven hombre, que desfallecía con cada renglón que leía. Bebió otro café y se aproximó al agobiado lector sentándose junto a él.

El afligido hombre se volvió a mirarle: _ Esto va a ser desesperante. Podemos perder a mi niña... Me siento tan dubitativo. Además su madre va a morir de angustia.

_Ella desea hacerlo, no puedo ir contra su decisión. He de firmar y me encomiendo a Dios, la pongo en sus brazos. Le soy sincero, mis hijos me importan, pero su madre es mi sostén, nada seré si le sucede algo... _ Fue la respuesta del esposo que se sostuvo llorando en un gran abrazo con su suegro._ Se alzó tomando aquellos papeles y enfiló hacia la puerta. Su acompañante le siguió arrastrando los pies.

_Aguárdeme. Hablaré con Belinda. Luego le permitiré saludarle para

despedirse hasta que todo se solucione._ Murmuró.

Al entrar a la habitación le encontró calma, con su mirada atenta a la puerta. Se acercó cadenciosamente y prácticamente se arrojó en sus brazos. _ Mi vida, ¿estás segura de querer hacer esto?_ Sin mediar tregua alguna lloró mientras ella acariciaba sus cabellos.

Mi hermoso enamorado, piensa que tendremos un maravilloso premio. Nuestros hijos han de agradecernos por siempre esto. No tengas miedo, todo va a resultar bien. Le murmuró tomando su rostro entre las manos tibias.

La dulzura de su mensaje le conmovió. Ahogado por el llanto no podía pronunciar palabra. En eso entró Eduardo. Le hizo ponerse de pie y se acomodó en la silla junto a su hija. Le tomó sus manos entre las suyas y las besó. _ Te recomiendo estés atenta a todo lo que llegue a tus sentidos. Estaremos pendiente de ti en todo momento. Te amo, hijita mía, no nos abandones y igracias por este sacrificio! _Sacudió a su yerno y le llamó a recapacitar_

¡Para ya! Dile algo agradable, isaca fuerzas de tu interior!

Se alejó mientras el joven besaba nuevamente a su mujer._ Hasta luego, amor mío._ Murmuró y se separó de ella ahogado por la congoja.

Capítulo 9

Así comenzó el tortuoso camino para Joan y la familia de Belinda. Si bien el amable y estoico doctor les decía que todo iba bien, se sentían muy deprimidos todos al llegar la tercera semana de que le intubaran. Su marido entraba a verle y peinaba sus rubios cabellos mientras le hablaba en forma constante. Tomaba sus manos y le brindaba su calor. Ella se veía hermosa y lucía una paz en su semblante que a todos ellos les tranquilizaba.

Sin pausa asistían en los horarios permitidos y velaban por los mellizos y su madre. Su madre era quien más sufría por no haber podido estar junto a su hija cuando se le indujo al coma. Su refugio era la oración. Rezaba arrodillada junto a su cama con fervor. Le traía frescos camisones y le hablaba al oído.

Mientras estaba en la cafetería, una mano se apoyó en el hombro de Joan._ Tienes una mujer preciosa. En menos de dos semanas más concluirá este calvario y ella despertará._ Era el doctor Warren rescatándole de aquel ensimismamiento profundo en el que vivía cuando no estaba junto a Belinda. Con el rostro lleno de alegría y loco de dicha se

levantó de un salto y abrazó al portador de tan excelente noticia.

_ No hay peligro alguno. Hemos exterminado al microbio y todo marcha genial. Así que muchacho, pronto todo volverá a la normalidad. Eso sí, tu esposa deberá hacer reposo absoluto._ Agregó muy sonriente el médico.

De inmediato dio aviso el emocionado esposo a toda la familia. Acto seguido se acercó a la habitación de su amada y entró para acariciarle su cabellera. Conversó mucho con ella mentalmente mientras las lágrimas surcaban su rostro. Sentía que su corazón explotaba de gozo al recordar las palabras del médico.

Estaba tan ansioso por verle despierta que no lograba concentrarse en sus labores. Tenía tanto para contarle y decirle una y mil veces que la amaba con locura infinita. Jamás volvió a dormir en la alcoba solitaria, siempre estuvo en la clínica. Cada movimiento en torno a su tesoro era seguido muy de cerca por aquel muchacho rubicundo que solo se conformaba con verle pasar años atrás, que así alimentó ese entrañable amor que se le notaba en la mirada cuando anhelante aguardaba por entrar a la habitación. Enfermeras y médicos le admiraban. Al verle allí parapetado, haciendo guardia noche tras noche.

Eduardo estaba junto a él cuando el doctor pasó para librar a Belinda de aquel estado._ Siento que me voy a desmayar cuando le vea despertar. Mi pecho me hace temer por una reacción insólita. ¡Que Dios me permita llegar a esa instancia sin hacer una locura! Me siento tan eufórico.

_ ¡Calma, chico! Te comprendo tanto, le quieres demasiado y te estoy más que agradecido por ello. Ya podrás conversar con ella. No permitas que tanto amor te haga sucumbir. _ Le dijo su suegro apretándole su brazo derecho. Él estaba tan anhelante como Joan, pero trataba de conservar el equilibrio. En la sala cercana aguardaba el resto de la familia.

Fue duro para todos aguardar el día en que concluyera aquella tortura de ver cuan bella durmiente a Belinda, día tras día. Con un anhelo especial entró a la habitación Joan. Ella lucía espléndida y le miró con dulzura. Al sentarse a su diestra adentró sus dedos en la cabellera de su marido._ ¡Cuánto has padecido, amor de mi vida! Mientras nosotros nos fortalecemos tu vives un infierno. No es justo..._ La mano derecha de él le interrumpió sellando sus rosados labios.

_ ¡Nada de lo que yo haga se compara a tu sacrificio, mi hermosa niña! ¡Por tener una familia te condenas a estar enclaustrada en este lugar! Por Dios, no busques enaltecerme cuando solo tú eres quien se está sacrificando. No sabes cuánto valoro esto que haces. Por suerte ya estás limpia, nada hace que debas seguir en este lugar por mucho más de unos pocos días. Te espera nuestro hogar, el mar, el jardín en flor y todos los mimos que he de regalarte de ahora en más._ Le abrazó con ternura

infinita y ella se dejó confortar entendiendo que él vivía un calvario y si había mejoría todo andaría mejor para ambos.

Capítulo 10

Al concluir los exámenes y estudios el doctor dio el alta a la paciente. Mientras trasladaba en la silla de ruedas a su esposa Joan no dejaba de repasar toda la sorpresa que entre todos le habían preparado. Le alzó con mucha delicadeza y la sentó en el auto.

Mi vida, ¿nadie más vino? dijo ella asombrada al no ver a nadie de su familia.

Es la mañana, chiquilla. Cada quien tiene obligaciones. Pero ya les verás más adelante. La consoló su marido entre pícaro y emocionado por poder llevársela a su hogar.

Al sentarse al volante le entregó su mejor sonrisa y le arrojó un beso volador. Quería gozar cada segundo de esta nueva vida.

Ella iba callada. Aún no se le notaba su pancita, pero tenía ese rostro de madre tan bello y resplandeciente, ese que lucen las mujeres cuando están en la dulce espera.

Se quedó maravillada cuando tomaron el camino costero. Amaba esa zona, ya se alcanzaba a ver la casa.

Belinda contempló su jardín en flor con los ojos rebalsando de lágrimas. Le invadía una especial emoción al retornar a su casa tan querida y añorada. Antes de que ella abriese la puerta del auto su esposo lo hizo y le cargó en sus fuertes brazos con gran amor, a inmensas zancadas recorrió el espacio hasta la entrada que se abrió como por arte de magia descubriendo a toda la familia con globos y serpentinas que aguardaban para demostrarle su cariño. En brazos de su marido pegó un alarido de regocijo._ Ya me imaginaba yo que no se habían olvidado de mi salida. ¡Impostores queridos!

Su padre le sacó de los fornidos brazos y la tomó entre los suyos:_ Mi niñita preciosa, ven con papi que te adora.

Le cubrió de besos el rostro mientras su madre le acariciaba los largos cabellos._ ¡Mamá! ¡Cuánto te extrañé! Chicos, ¡Cuánto han crecido!_ dijo mirando a sus dos hermanos. Se aproximaron sus suegros y le abrazaron tiernamente. Ellos también habían estado pendiente de su salud. Joan les mantenía al tanto desde que se internara.

En el comedor habían dispuesto una inmensa mesa llena de platos que sabían que a ella le encantaban. Se sentó rodeada de todos sus

agasajadores y estalló en llanto. _ ¡Gracias, queridos! Les necesito a todos para dar a luz a mis cachorros. ¡Sigán junto a mí como ahora!

Todos aplaudieron y prometieron, cada uno a su modo, no dejarle sola en aquella tan hermosa empresa. Era sabido que debía guardar reposo hasta el último día, previo al nacimiento. Joan había trasladado parte de su estudio al hogar, era quien más firme estaría junto a ella.

Al anochecer les dejaron solos. La buena Marlene, madre de la dueña de casa, ordenó y prolijó cada lugar de la sala. Mientras él le acomodaba en su cama. Dejó un delicioso platillo dulce sobre la mesa de luz para tentarle y le encendió el televisor. Bajó a saltos las escaleras y casi se lleva por delante a Mirella, la hermana menor de su mujer. _ Mañana en la tarde vengo para ver si precisas algún mandado. _ Le dijo muy solícita.

_ Perfecto. Te prepararé una lista para que la dejes en el supermercado. Ellos me lo alcanzan a domicilio. Lo iba a pedir online, pero prefiero que lo selecciones todo tú. _ Le despidió con una sonrisa mientras saludaba a su suegra se llevó un vaso de jugo de naranja y desapareció. _ ¡Cierren el portón al salir! _ Les gritó.

Al entrar a la habitación le encontró adormecida y se inclinó para darle un beso. Había sido una larga jornada y era lógico que estuviese agotada. Apagó la tele y se apoltronó en el sillón con su computadora. Comprobó que tenía una parva de mensajes de su socio.

Quería contactarle para ver si estaba de acuerdo en aceptar la remodelación del sanatorio donde estuvo internada Belinda. _ Me lo solicitó la junta directiva. _ Le explicó muy apasionado su compañero de trabajo cuando lo contactó telefónicamente.

_ Es un gran proyecto. Nos cae como anillo al dedo. Pasa a hablar con ellos y toma nota de cuanto demanden. Es importante que nos hayan elegido, creo que no me vinculan para nada con su interna hasta el día de hoy.

_ Sí, es por ello que Warren te ha recomendado. Creo que él movió los hilos para que nos entreguen semejante obra.

_ El doctor Warren es quien atiende a mi esposa. ¡Fantástico! Esta será una forma de devolverle su magnífica y pródiga atención.

Cuando colgó sonreía más que complacido. Su firma era prestigiosa, pero con este espaldarazo se haría más que famosa. Retornó a la alcoba y comprobó que su amor descansaba plácidamente. Con mucho gusto disfrutó del sabroso postre que su esposa no había llegado a tocar. Luego se acostó. Ese sí había sido un día muy productivo.

Capítulo 11

Cada mañana Joan le alcanzaba el desayuno, succulento, pues debía ser rico en vitaminas y proteínas. Tenía su mejor modo y atendía con gran placer los requerimientos de su esposa. Cuando no había viento y el sol reinaba por doquier le dejaba apoltronarse en el jardín, así visualizaba el mar y disfrutaba del aire libre. Él se ubicaba a su lado y realizaba sus tareas de arquitecto, atendía consultas y no le quitaba atención en ningún momento. Cuando acudía algún familiar se dedicaba a atender sus demandas exteriores.

Estaba complacido con el semblante de Belinda. Tenía sus mejillas rosadas y había recuperado fuerzas. En el atardece solían hacer una corta caminata por la orilla del mar, muchas veces le traía en sus brazos con mucho deleite, le hacía reír mucho pues el humor de Joan era de destacar. Tenían una joven que estaba para los quehaceres domésticos. Juliana, era muy activa y se dedicaba por entero a mantener aquel hogar pulcro, ordenado y lo hacía sin desatender a la dueña de casa. Siempre estaba al pendiente de ella. Eso lo hacía sin exigencia alguna. Conocía a toda la familia desde niña y les quería mucho. Vivía en la vecindad de toda la vida.

Joan controlaba a su mujer sin ser invasivo, ni dejando ver su intranquilidad, algo con lo que debía luchar día tras día. Temía una recaída, aunque Warren le dijese que era improbable. Los bebés ya pateaban en su quinto mes de existencia. Le hacían saltar a su madre mientras dormía. En esas ocasiones él acariciaba su abdomen con mucha ternura y les rogaba se calmasen para que su madre descansase.

Belinda había subido algunos kilos y se le notaba radiante, tranquila y muy resignada a ese estilo de vida. Tejía y cosía ropas de bebé con gran gusto y esmero. Había completado una caja inmensa para los tres primeros meses de sus hijos. Eran ajuares completos, primorosos y delicados. Joan estaba concluyendo de decorar la habitación de los niños bajo la eficaz dirección de su esposa.

Los días se acomodaban a la vida de la pareja. Cuando él estaba trabajando en su escritorio ella retocaba detalles de la bella alcoba de sus mellizos. Había instalado dos hermosas cunas, además tenía ya cambiador y cómodas haciendo juego con ellas. Al séptimo mes supieron que eran una pareja, entonces iniciaron la búsqueda de nombres. Harriett, sería el nombre de la niña y George el del niño.

En ocasiones, a hurtadillas, Joan muy complacido le observaba cómo se hamacaba en el sillón hamaca que él le había instalado junto a las primorosas cunas. Con dulce voz arrullaba a sus retoños mientras

acariciaba su prominente panza.

Eran momentos maravillosos y de una especial paz en aquella casa junto al mar.

Y un día un alarido hizo que aquella quietud se quebrase. Él voló escaleras arriba y le encontró a medio vestir sosteniéndose del lavabo en el baño. Habían comenzado las contracciones y eran muy intensas. Le alzó y llevó a la cama. _ ¡No, no, debemos marchar a la clínica! ¡Ya vienen! _ Le gritó ella alzándose del lecho con bastante dificultad.

Se desvistió totalmente y se colocó un suave vestido de algodón que había preparado para esa ocasión. Él buscó sus chatitas y se las acercó para que se calzara. Tomó el bolso que yacía desde hacía dos semanas a los pies de la cama y juntos partieron en el auto.

Estaban mudos, anhelantes, muy inmersos en cada paso que debían dar. Algo que estaba súper hablado y planeado. Al descender del auto rompió fuente y ya una enfermera corrió hacia ella con un sillón de ruedas. Joan a la par de su mujer daba largas zancadas mientras intentaba comunicarse con su suegro. Le envió un mensaje de voz: _Ya estamos por el parto. Nos internamos._ Cortó y se metió en el ascensor tras su esposa.

Warren sonriendo revisó a su paciente y le invitó a él a vestirse para presenciar el parto. Salía ya equipado cuando escuchó los gritos de su mujer mientras le trasladaban a la sala de partos. Una enfermera le invitó a seguirle y entró en la habitación con el corazón que se le escapaba del pecho, de soslayo alcanzó a ver a Eduardo que corría saliendo del ascensor.

Todo fue rápido, Belinda le tomó de su mano derecha y pujó envuelta en transpiración. Entonces el médico le insistió a Joan para que recibiese a su hijo George, un morrudo rubiecito con rizos pegoteados por el líquido que le envolvía por doquier. _ ¡Qué hermoso es, querida! _ Los gritos del niño invadieron el espacio y ella seguía luchando para que naciese su otro bebé, quien no se hizo esperar resbaló cayendo en las hábiles manos del doctor. No gritó tan fuerte como su hermano pero dejó a su padre anonadado. _ ¡Mi muñequita, preciosa, bienvenida! _ Con ella en sus brazos se acercó a su exhausta mujer y le cubrió de besos el rostro. _ ¡Gracias, mi vida! ¡Es tan preciosa!

Belinda lloraba por la emoción. Se dejó mimar por su marido y alcanzó a tener por segundos a cada uno de los mellizos. Luego le invitaron a él a salir y aguardar en la que sería la habitación de la sala de maternidad.

Sus suegros recibieron a un consternado y lloroso Joan. Les dijo que todo iba perfecto. Fue a cambiarse y al salir comprobó que ellos se habían ido a

neonatología. Él se dirigió al segundo piso y aguardó ya más tranquilo a su esposa. Ya eran una verdadera familia. No cabía en él de la felicidad.

Capítulo 12

Corriendo a la vera del mar van los mellizos mientras su madre les observa desde una reposera, ya están pisando los cinco años y ella ostenta feliz una hermosa panza. En dos meses volverá a dar a luz. Esta vez espera un varón y el orgulloso padre se encuentra visitando una nueva obra ideada por él. Tienen un muy buen pasar y ella hace las veces de secretaria, aunque ahora está de licencia por su estado. Son muy dichosos y gozan mucho de la vida en familia.

Cantando y bailando los pequeños se acercaron a su padre y le invitaron a participar de sus juegos. Él no dejaba de admirar a su bella mujer. Tomado de las manitos de sus mellizos corrió a besarle.

¡Qué lindos todos! Les lisonjeó mostrando su alegría por reencontrarse con ellos. Muy complacido se recostó en la tibia arena y dejó volar sus pensamientos. Mucho había temido por Belinda cuando ella le anunció su nuevo embarazo. No quería que su esposa padeciese los tristes momentos vividos cuando aguardaba a los mellizos. Warren le tranquilizó al hacer las pruebas y demostrarle que ella estaba sana, sin ningún vestigio de su padecer anterior, nada amenazaría la salud de aquella bella mujer a la que él adoraba, ni la de su bebé.

Estás agotado, mi amor. Descansa en la reposera, estarás más a gusto. Le volvió a la realidad su esposa. Él le tomó su mano derecha y le sonrió embelesado. Acto seguido se alzó para depositar un cálido y prolongado beso sobre sus rosados labios.

Me voy a dar un chapuzón. Sigue tomando sol, cariño. Con rapidez se deshizo de toda su ropa y luciendo su fornido cuerpo corrió al mar zambulléndose con gran gusto. Con largas brazadas surcó las aguas y apareció cerca de sus hijos quienes lo imitaron acercándose y mostrándole sus avances en natación. Acostumbraban a nadar junto a su padre y hacer proezas natatorias para que éste comprobase que se estaban convirtiendo en avezados nadadores.

Con su padre marcándole los límites con su largo cuerpo, retornaron, bordeando la playa y aparecieron frente a su madre quien contenta les aplaudió caminando hacia el grupo luciendo su hermosa figura, apenas había engordado lo correcto en este embarazo.

Todos juntos se encaminaron rumbo al hogar. Ya la asistente había encendido la parrilla y a pedido de Joan le acercó bebidas y algunos

lomitos que él asaría junto a algunos morrones.

Todos se fueron a bañar, menos el padre, quien con gran esmero se dedicó a trabajar en la cena. Tras asistir a los mellizos, Belinda se dejó acariciar por la tibia ducha y tras lavar su cabellera asomó su rostro para ver si podía lucir su desnudez camino al dormitorio. Así lo hizo en el justo momento que entraba su esposo. Muy cariñoso le acarició toda y se metió al baño para higienizarse. En unos instantes cenarían.

Una fuente con choclos y papas fritas recién hechas estaba en el centro de la mesa ya aguardando a toda la familia.

Se sentaron con gran apetito mientras el asador acercaba las carnes junto con los aromáticos ajíes.

_¡Todo está riquísimo, papi! _ Gritó alborozada Harriet.

Tomando una cerveza, el padre alzó su brazo gozoso. Disfrutaba de aquella mesa y no dejaba de apreciar a su esposa, tanto como en aquel día que le descubrió por vez primera.

FIN